

Caricias robadas El cuerpo en la intersubjetividad de los vínculos familiares

Alberto Eiguer

Hablar de los avatares del cuerpo psíquico en la familia parece incongruente; el cuerpo es, por excelencia, una entidad individual. Pero ello es también suponer que somos uno e indivisibles y que tenemos un sentimiento de identidad íntegro y eternamente unitario.

Nada es menos seguro. Nos representamos nuestro cuerpo como que forma parte de lo que somos, pero nos lo representamos en diálogo con las otras partes de nosotros mismos. La unidad de la identidad y la fijación del cuerpo al conjunto de nosotros mismos representan una visión de adulto y, de una determinada manera, una ficción, una fantasía, en el deseo y el proyecto de tener todas nuestras partes conectadas entre sí. En cuanto se examina el lugar del cuerpo psíquico, teniendo en cuenta del resto de nuestra identidad, nos damos cuenta que no está vinculado firmemente con el conjunto. Tememos que nos decepcione y que nos traicione. A veces, nos parece sencillamente raro, o inhabitado.

¿Por qué? Porque la identidad es compuesta y el fruto de un reconocimiento que se enriquece de la mirada que nosotros nos dirigimos como si fuésemos otro. En este caso, hay uno que observa y otro que es observado. Poder reconocernos como otro supone que nuestra mirada misma puede ser la de un extraño. Es un acto de madurez que implica, al mismo tiempo, que estemos preparados para considerarnos como imperfectos, vulnerables y cambiantes.

La fórmula “yo es otro» debiera modificarse: «Yo soy varios otros a la vez, yo mismo y todos estos otros que están dentro mío». “Soy yo a veces quien me observa como otro” y “otro en mí que me observa según su opinión propia”. El cuerpo psíquico contiene precisamente a otros, es decir, a las representaciones de estos objetos con quienes el sujeto se vinculó, que sostuvieron, acariciaron, mimaron, incluso maltrataron su cuerpo, y por lo cual el sujeto vibró o sufrió. No hay, en mi opinión, cuerpo solitario, aislado; está siempre en relación intersubjetiva, fuese antigua y transformada en una red de huellas psíquicas. En realidad estas huellas se ponen en movimiento (retorno de lo reprimido, formaciones substitutivas, desplazamientos) en presencia del otro, pero de manera imprevista e inédita en ese momento.

Evidentemente, queda por precisar el estatuto de esta relación de mi cuerpo con los terceros. ¿Es insuficiente, incompleta, inacabada? En el estatuto de esta relación, ¿qué lugar ocupa lo que el otro fantasea, desea con respecto a mí y a mi cuerpo, y lo que en él deposita? Creo, por mi parte, que todas estas perspectivas están presentes en el inconsciente; dejaron huellas con respecto al deseo del otro, a los intercambios que tuvimos en alguna oportunidad con él, la mirada que me echó tanto a mí como a mi cuerpo. En este conjunto, el concepto más acabado es lo que representamos para el otro. “¿Me admitió como sujeto?» “¿Me definió como diferente? “¿En qué y cómo me reconoció como sujeto de un parentesco?” “¿Como sujeto de investidura, de un deseo?»

El vínculo entre protagonistas aparece en este caso cruzado por lo que está permitido y lo que está prohibido.

El reconocimiento que tengo de mí mismo es solidario, pueda ello chocar mi autoestima, del reconocimiento del otro. Yo mismo tengo que reconocer a éste en sus particularidades y en sus emociones. Así su cuerpo y el mío están atravesados por todas estas dimensiones intersubjetivas. El cuerpo es la parte más delicada, la más vulnerable, así como la más deseada por el otro. El sujeto la vive como la más impersonal, porque es misteriosa e ingobernable.

En lo que se refiere al cuerpo somático, ello resulta aún más evidente que para el cuerpo libidinal -en el que se manifiestan las sensaciones eróticas. Hacia el soma, el sujeto no puede dirigir una mirada ni oírlo; salvo cuando anda mal y está enfermo. Cuando le teme, le causa angustias abismales intensas.

Las “cuatro R” de los vínculos intersubjetivos

Antes de abordar de pleno el tema de la ternura, deseo presentar algunos puntos esenciales de los vínculos entre sujetos. El reconocimiento depende del respeto recíproco entre los protagonistas de todo vínculo. Se vive responsable uno para con el otro. El vínculo entre dos sujetos se cruza en consecuencia por lo que se puede designar como «las cuatro R»:

1. El *respeto*, lo que supone que no se juzgan,
2. El *reconocimiento* de la diferencia del otro,
3. La *responsabilidad* por el destino del otro, sus sufrimientos; cada uno se siente implicado por lo que le ocurre al otro,
4. La *reciprocidad* de las investiduras en una intersubjetividad creativa.

Como se nota, la reciprocidad se manifiesta igualmente en el respeto, la responsabilidad y el reconocimiento. Cuando se trata de reciprocidad en las investiduras, tiene una función

organizadora inconsciente. En todos los casos los psiquismos de los protagonistas se influyen y constituyen gradualmente una nueva entidad psíquica, un tercero, que no es ni uno ni otro de ellos, pero está representado en ambos.

En cuanto la vinculación se establece, cada objeto interno es introyectado con sus vínculos a los otros y forma un grupo interno; el objeto opera en adelante dentro del psiquismo y sigue siendo disponible para vincularse con otros. Cada interlocutor despierta aspectos del mundo interior que permanecen habitualmente “mudos”. Es lo que explica que no seamos nunca similares con los otros, miembro de la familia o amigo. Adoptamos un diferente estilo de narración al contacto con cada uno de ellos.

Esta situación hace que cada vínculo sea singular, único.

No se destacó bastante quizá que el vínculo nunca es de dos, sino que la pluralidad se desarrolla en cuanto se pasa del uno al dos. Es lo que conviene comprender de la propuesta de Bion sobre «El ataque contra los vínculos», en su artículo de 1959. El vínculo no es únicamente la producción de los dos protagonistas que están en primer plano, sino que un *tercero* está presente activamente, el que observa a los dos sujetos, los solicita, los controla, los protege o que puede atacarlos. Para Bion, el tercer sujeto está bien presente en la realidad de la situación y, si no está físicamente allí, tiene una presencia virtual en el espíritu de los protagonistas del vínculo y pesa sobre ellos. El tercer sujeto del vínculo sería una persona o un grupo, una institución o incluso una idea. Recuerda al tercero paterno, a la metáfora paterna. Podemos pensar que para Pichon Rivière (1978) el tercero comienza siempre por ser perturbador y crítico, como si los protagonistas viviesen su intimidad como algo incestuoso. Para reaccionar respecto a este tercero, el vínculo se estrecha, cada protagonista del vínculo intenta ubicarse, modificar aspectos de la relación con el otro, protegerlo, hasta ocultarlo respecto a este último si es necesario.

Así el tercero pasa a ser como una instancia reguladora que favorece la aproximación de los protagonistas y lo autoriza o al contrario deviene un obstáculo, implicándolos en un desacuerdo rencoroso o en la separación. «Benévolo» o «malévolo» respecto de los dos miembros del vínculo (E. Pichon-Rivière, *op. cit.*), el tercero funciona como continente de la relación.

Esta manera de incluir la terceridad es cercana y complementaria de la manera en que Thomas Ogden (1994) y Jesica Benjamin (2004) lo entienden cuando hablan del tercero analítico, aunque ponen el acento sobre la vivencia subjetiva de los protagonistas, quienes se representan el vínculo como a un tercero.

Tener en cuenta la terceridad significa así admitir el papel activo del ámbito del paciente, su familia, sus amigos, sus patronos, y del lado del analista, la relación con sus colegas, el grupo al cual pertenece, su familia. ¿Si un analista está en conflicto con su sociedad analítica o si está divorciándose, cómo infiltra eso su trabajo?

¿Juego de manos, juego de villanos?

En el contexto de los vínculos familiares, la caricia aparece, por una parte, como el modo de relación más deseado y apreciado, y, por otra parte, como el menos ambivalente. Se la considera como cercana del don de afecto, y que traduce el estado de ánimo favorable hacia el que la recibe. Es suave, tibia o caliente, tonificante, gratificante; estimula sensaciones de placer, conduciendo a comunicar bienestar a toda la persona; a veces induce a embriaguez, éxtasis o somnolencia. Pero hay caricias ásperas y rugosas, si no se siente la piel del otro como suficientemente lisa, o demasiado pesadas si la mano del otro ejerce una presión excesiva. A veces traduce un afecto vigoroso e incluso apasionado.

Hay caricias «húmedas», que pueden agradar o molestar según los gustos. Invitan a devolver ternura u otras expresiones afectuosas. La caricia recíproca es una donación y, en cada caso, un acto de exploración de la anatomía del otro, de reconocimiento por el placer que causa. A veces, incita a una pacífica receptividad. Algunas caricias transmiten angustia, crispación; otras son pesadas, pegajosas, fusionantes, como existen las que terminan en la violencia de los golpes o que tornan en un erotismo que no estaba previsto «en el programa».

Entre las personas en simbiosis, las sensaciones táctiles pueden interferirse y confundirse, lo cual conduce a no saber quien la da ni quien la recibe.

Cada uno tiene su geografía dérmica en cuanto a la caricia deseada, con sus zonas privilegiadas, preferidas y prohibidas. Pero la caricia que sorprende y es imprevisible es muy apreciada.

En realidad el que acaricia no produce la sensación tierna, como eso parece a primera vista; es quien es acariciado el que lo genera; aunque ambos lo ignoren. El placer es diferente en cada uno y de intensidad distinta. El que es activo es también pasivo y recíprocamente. No hay vínculo simétrico entre ellos; a decir verdad, el que domina la asimetría no es quien lo cree.

La caricia se prolonga eventualmente por el masaje, que estimula otras sensaciones (propioceptivas), como palpar, cosquillar; ello puede convertirse en un juego de a dos. Se toma, a veces, el pretexto del juego para acariciarse, como se puede jugar a acariciarse o desarrollar directamente juegos que acarician. Una pelea puede servir para manifestarla, aunque adopte la forma del pugilato.

La fuerza de sustentación (holding) y el manejo del cuerpo del otro (handling), el balanceo, el acurrucarse, la presión, no son solamente un privilegio del vínculo madre/lactante y el vehículo de este apego primario que J. Bowlby (1969-73) considera como el origen de toda cosa psíquica. Por el contacto piel a piel, el espíritu se afirma, como la columna vertebral del niño aumenta su tono muscular y se endereza cuando éste se siente en seguridad en los brazos de uno de sus allegados. A partir de ese momento, el lactante lo mira directamente a los ojos, sonrío, tiene

deseo de comunicar (G. Haag, 1993). El narcisismo del niño reconoce la llamada que le es dirigida y se alimenta de ella. La mecha del autoerotismo se enciende. Si el narcisismo es invitación de una danza que viene del otro para jugar a lo similar, el autoerotismo es un juego con el que el sujeto se excita.

La investigación de la geografía dérmica, luego de «la unificación» del yo-piel (D. Anzieu, 1985), es obra de la caricia, así como el balizaje de los orificios y las zonas eróticas donde la caricia ya tiene otro objetivo.

S. Freud (1912) distingue la corriente tierna de la corriente sensual de la sexualidad; la más primitiva es la corriente tierna, que se basa en la auto conservación. La corriente sensual se desarrolla posteriormente, toma intensidad con la pubertad, pero sólo encuentra su realización en el marco de la elección de un objeto sexual fuera del hogar.

En todos los casos, la ternura materna «despierta el impulso sexual y determina su intensidad futura», afirma Freud en 1905. Aunque la caricia forme parte de los preliminares del amor sexual, lo acompañe y lo continúe, es en todos los casos animada por una pulsionalidad inhibida en cuanto a la descarga, es decir, sin la realización de sus objetivos sexuales. Se inscribe en el mismo registro que la sublimación y el juego.

Al ser específica de la corriente tierna de la sexualidad, la caricia es libre y se expresa en situaciones muy diversas, aunque choca con ciertos límites, aquellos que impone la intimidad del otro. Se revela, a este respecto, tan codificada como las expresiones táctiles de la corriente sensual. Pero la sexualidad se destila aquí en pequeñas dosis, continuamente, sin sacudidas.

Se observa también que la ternura tiene comúnmente una potencialidad antitrauma. En *Du bon usage du narcissisme*, intenté poner de manifiesto que la ternura favorece la construcción de la *autoestima*: el sujeto se siente reconfortado y reconocido por el otro; el amor que el otro le prodiga es una señal del valor que otorga al vínculo y del aprecio que le tiene. Recordemos a este respecto el sentido de las palabras “ser apreciado” y “ser considerado”, que expresan tanto amor como valorización narcisista. Así la ternura aparece como una buena vía para comunicar afecto y respeto. Es importante que admitamos que no basta con recibir palabras de amor, es necesario también que el amor se refleje en actos y gestos físicos.

Para poder pasar a un nivel de funcionamiento más complejo como el pensamiento, tenemos que retirarnos de la influencia del objeto y sus tensiones sensuales. Pero para tener confianza en las capacidades de creatividad de nuestra psiquis, el reaseguro que da la caricia es esencial.

El código del parentesco

Cada familia tiene sus códigos en relación con la caricia, y responde al mismo tiempo a los universales que la canalizan; éstos colocan hitos. Se puede también decir que cada vínculo dispone de formas de ternura y establece códigos propios: vínculos filial, fraterno, de pareja y con el antepasado. No se acaricia a su cónyuge de la misma manera y sobre las mismas superficies corporales que a su retoño. La prohibición sexual es tan importante como la autoridad para el apoyo narcisista. La caricia puede situarse del lado del dominio como de la excitación. Pero eso no es un juego de balanza, donde sería uno u otro, uno más que el otro. La sexualidad vincula, crea fuertes lazos, pero pueden a veces deslizarse hacia el control y el sometimiento.

La ternura es un principio materno y femenino por excelencia, bien que tenga un lugar tan importante en el amor sexual, o por eso mismo. Es frecuente que no esté exprimida suficientemente en el acto de amor y que se reclame con vehemencia, en particular por la mujer. El hombre puede negarse a acariciar porque lo juzga superfluo o demasiado feminizante para él. Muchos cónyuges fallan en la integración de lo maternal en su unión. Eso genera acusaciones de falta de comprensión o de ardor sexual, desacuerdos y conflictos en una multitud de desavenencias de pareja. Se puede hablar de retorno del fracaso de la integración de la bisexualidad en los juegos del amor. Es debido en gran medida a la eterna confusión entre lo materno y lo femenino. A menudo se ha hablado de la confusión de sentimientos, mucho menos de la «confusión» de ternuras. Es una parte esencial del amor sexual, ayuda a hacer el duelo de la madre en la mujer como en el hombre, aunque por cierto no puede sustituirse a la corriente sensual, que es intensa, ágil, agitada, vigorosa. Tampoco esta última puede substituirse a la corriente tierna.

Hablemos del niño ahora. Pide a su madre: «Hazme una caricia antes de dormir.» Para él, ello es:

- a. Una condición para dejarse ir a la pérdida de conciencia consustancial del sueño y abordar la noche y sus peligros, incluidos el sueño y la soledad.
- b. El buen recurso contra el sentimiento de pérdida. Los efectos de la ternura persisten más allá del adormecimiento.
- c. Un recuerdo de este amor que da sustancia de la afiliación y la pertenencia a la familia.

En los niños, cada edad concede otro lugar a la caricia; al crecer, inventan y se atreven a ir más lejos acechando la reacción de los padres. Creo inútil hacer hincapié en la dimensión interactiva y la diversificación intersubjetiva que están aquí presentes. Entre hermanos, la ternura tiene también sus códigos y referentes. Me parece pues esencial reflexionar al refuerzo de los vínculos al cual contribuye. La ternura física es uno de los parámetros que definen y recuerdan, cada vez que se producen, la naturaleza distinta de cada vínculo, como lo hace, a su nivel, el lenguaje, el

dar un nombre y apellido y el uso de los nombres. «Este es mi hijo»; «Eres tú el padre», alude al ámbito específico de cada vínculo, sus competencias y sus restricciones. Hago directamente alusión al nombramiento, que produce un efecto sobre aquel que nombra y al mismo tiempo sobre el que es nombrado (J. Lacan, 1961-2). El apellido es una palabra que no tiene significado. Puro significante, remite a la universalidad de lo simbólico, precisa Lacan.

Si las leyes que regulan la ternura física en familia se infringen, se pasa al registro del abuso, la violación. Pero la delimitación entre ternura y actividad sexual no es tan neta. Hay una zona fronteriza antes de la zona prohibida; el rechazo puede conducir a crear fronteras ficticias, sobredeterminadas. Un individuo muy moralizador crea a veces más excitación que si se atreve a dejarse «ir -según lo que él considera como- demasiado lejos».

Contribución de la ternura a la definición del género

En una familia, el padre y la madre no expresan ternura a sus hijos de manera semejante, sino que está sobredeterminada por su manera de ser y por su género. El hombre y la mujer sostienen generalmente a la criatura de manera diferente, juegan con ella de manera diferente. El primero le brinda mucho placer al lanzarla al aire y atraparla, por ejemplo. La madre la balancea delicadamente. Uno le hace reír, generalmente el padre; el otro (la otra), sonreír. El padre es con frecuencia estimulante; la madre tiende a expresarse en términos de afecto. Un padre puede brindar seguridad al chico frente al mundo circundante, como para que tenga menos temor de él; la madre, en cuanto al mundo interior y a sus misterios. Claro, esto no es para nada esquemático, pues hay todo tipo de alternativas. Quiero decir, simplemente, que con la ternura se da amor, y se dice algo que concierne el sexo al que se pertenece. “Es así como acaricia un hombre o una mujer, es de esta manera como cada uno funciona.”

También se dice algo acerca del sexo del chico. Por la manera como se realiza, la caricia lo identifica, lo define como varón o mujer. Pienso que ello es importante para que el chico se sienta pertenecer a su género. Se identifica con la manera en que su padre y madre lo sienten, es decir con la representación que cada uno tiene de lo que es ser varón o mujer, con la manera en que cada uno desea verlo desempeñar su rol respectivo. Esta cuestión ha sido elaborada a partir de los pacientes transexuales, cuyos padres actúan “asignándoles” el género opuesto al de su naturaleza. Robert Stoller (1978) piensa que ello juega un papel significativo en la evolución del sentimiento de identidad de género en el niño.

Pensemos igualmente que los gestos de ternura se expresan de manera regular y sostenida y que lanzan mensajes indicando la pertenencia al género *cotidianamente*. ¡Qué intensa designación! Una identificación y un reconocimiento del otro a lo cual el otro se identifica y en la cual se reconoce. Aquí vemos nuevamente el valor del reconocimiento mutuo.

Dos fuerzas intervendrían en la maduración de la identidad de género, una identificación que designamos de *continuidad*, que se construye en el contacto inmediato, directo, y gracias a las identificaciones primarias y en la que la caricia juega un papel importante, y una identificación por *contigüidad*, que se construye como corolario de la rivalidad edípica, que hace intervenir deseos, representaciones y afectos intensos: odio y amor, posesividad y rechazo, etc.

La identificación por continuidad, entonces, se basa en lo analógico, pero la ternura cuando contribuye a la definición de género no es intencional, no responde a un anhelo pedagógico de hacer de su hijo un varón o una mujer. Es un deseo en el que se podrá entrever el hecho que el chico responda por una disposición ubicándose en el tablero de los lazos de amor edípico. Está ligado a las propias identificaciones del padre y de la madre y deriva de sus experiencias infantiles con los padres respectivos, no siempre para hacer como ellos, sino a veces para hacer lo que no hicieron, especialmente si el padre o la madre no recibieron suficientes gratificaciones tiernas en sus propias infancias y que ello les faltó.

También conviene preguntarse acerca de la circulación del deseo homosexual. En 2005, introduje la idea de homoerotismo en el vínculo madre/hija (se lo puede aplicar al vínculo padre/hijo) (Eiguer, 2005). Digamos que la deriva homosexual latente implica un desborde de excitación, la sobredeterminación sadomasoquista, un combate contra el vínculo heterosexual y el desprecio por el otro género, que en principio no son importantes en el homoerotismo. Este último sería un amor de lo semejante con lo semejante, donde la niña se identifica a la receptividad de la madre, etc.

Podemos incluso hablar de homo erotismo cuando el sexo del adulto y su vástago son distintos. En ese caso, cada uno asocia la representación que tiene del género opuesto con el chico; una madre sabrá dirigirse, efectuará sus caricias con su varoncito según la manera en que vive a un varoncito en su psiquis y según como imagina que ello le causará placer a él. Lo homoerótico se manifestaría en la búsqueda de lo semejante.

La ternura es fuente de satisfacciones, sostén de la pertenencia, y al mismo tiempo creadora de identificaciones de género. Vamos descubriendo nuevos alcances en sus dimensiones masculina y femenina.

Adolescencia, crisis familiar: ¿el final de la ternura?

La adolescencia modifica la economía familiar en su conjunto. La crisis de la autoridad como la que depende de la progresión de todos los erotismos facilita los conflictos; no se refiere solamente al vínculo padre/niño. Tiene repercusiones en la pareja parental, que puede dividirse e implica a los hermanos y al vínculo con los antepasados. Sin tener consciencia, el padre o la madre pueden regresar hacia la adopción de expresiones y modos de actuar adolescentes. La crisis familiar es tanto más profunda cuanto que los padres reprimen su pasado de adolescentes

o lo reniegan, al menospreciar la evolución del adolescente, dramática a veces pues conduce hacia la depresión, el aislamiento, la confusión, el desorden alimentario, la toma de estupefacientes, la psicosis.

La regresión en la crisis de adolescencia familiar aqueja a todos los miembros de la familia y a cada uno. Ignorarlo es tan perjudicial como reaccionar demasiado visceralmente rechazando al otro, que puede llegar hasta la denegación del concepto de filiación. Un cambio se produce en la adolescencia, fomentado a la vez por los padres y el hijo: la toma de distancia física. Dejan de acariciarse y de darse besos, mismo de darse afecto; los hijos que acostumbraban ir el domingo por la mañana a la cama de los padres, se oponen. Son ahora más corpulentos, luego los padres tampoco saben cómo reaccionar. Los juegos físicos, los cosquillas, los combates simulados, cesan. El adolescente se vuelve discreto, evita abrazar a sus allegados e incluso rozarlos; teme, más que en el pasado, mostrar su intimidad física. Sin embargo la expresión de la ternura no es sino más necesaria en este momento. Autoriza el vínculo y permite desplegar el amor entre familiares sin que la sensualidad se mezcle.

Con la pubertad, las tendencias edípicas son más vivas, emergen de nuevo después de su represión producida al final del período genital infantil y más o menos mantenidas durante la latencia. El padre del sexo opuesto atrae al niño así como este último necesita imperativamente apuntalamiento narcisista, ya que recae fácilmente en una pérdida de confianza en sí mismo. La ternura sería «un importante apoyo» para mantener «la objectalización», es decir, una representación funcional que tiene alerta el deseo de objeto y que preserva el contacto con otro por un reconocimiento recíproco (P. Gómez, L. Tebaldi, 1999).

Ahora bien, los conflictos con los padres no hacen sino que complicar las cosas; el púber, luego el adolescente, tiene el sentimiento de desmoronar la representación de sus padres antes consolidada. La ternura sería una herramienta intermedia que admite todos los matices del vínculo; reduce los efectos de la seducción y se propone como alternativa a la agresividad, introduciendo la idea que en familia es posible atacarse sin tener deseo de destruirse, y un poco para darse miedo. La ternura no cancela con todo la hostilidad, le permite coexistir reforzando la pertenencia y manteniéndola siempre viva. Se puede llegar precisamente lejos en la seducción o en la violencia porque el amor es también eso. Mientras que el impulso sexual durante la adolescencia corre el riesgo de desgastar las identificaciones, la ternura los desarrolla. El adolescente tiene aún dificultades para encontrar afuera un apoyo amistoso o sentimental; ante estas dificultades, la ternura entre familiares lo ayudaría a vincularse. Ahora bien cuando ésta no tiene más lugar en los vínculos familiares, el púber se encuentra en un callejón sin salida. Responderá, recuerdan los autores citados (*op. cit.* p. 944), por la explosión de pasiones hasta allí contenidas, contrarias y demasiado potentes, la violencia actuada, el repliegue intelectual, una neurosis obsesiva, un desorden fronterizo, somatizaciones.

Lo maternal en la ternura es también durante la adolescencia un elemento de vinculación indispensable. Si la madre no lo asume sus temores pueden conducir hacia la contrainvestidura anal del vínculo (formación reaccional, preocupación casi exclusiva por lo material, el cuerpo enfermo). La analidad tiende hacia la indiscriminación de género, de generaciones y de individualidades. Por eso la madre no pone ya en juego su femenino cuando se dirige al adolescente; permanece «demasiado» o «exclusivamente» madre, la madre de un pequeño. Por lo tanto, lo femenino dará aún más miedo al muchacho; en la muchacha se desorganizarán sus identificaciones.

Pasemos a una ilustración clínica.

Besos robados

El caso de la terapia de una familia donde hubo un incesto que expondré a continuación ilustra ideas expresadas hasta ahora; puede también desconcertar ya que revela efectos inesperados de la ausencia de ternura. La entrevista inicial tiene lugar en presencia de los padres, una muchacha de 14 años y dos varones de 7 y 2 años. Somos dos terapeutas hombres. El padre no vive con su familia; sale de prisión donde estuvo encarcelado por incesto; está en libertad condicional. A la cuestión sobre lo que pasó, explica que abusó de su hija; en la cárcel meditó mucho sobre su acto y las consecuencias que tuvo sobre ella. Aquejado de remordimiento, desea asumir plenamente la responsabilidad de su acto. Repite que nadie sino él debe sentirse culpable. Mientras que el padre se explica, la muchacha no dice nada y el menor de los hijos juega con los juguetes de la caja; está muy concentrado, luego termina por invertirla y tirarla, los juguetes se esparcen. La madre deja entender a medias que el niño no pudo seguir la conversación, dada su edad. Es entonces cuando pide beber su mamadera, que la madre aportó en su bolso. Se acuesta sobre la mesa de juego de espaldas y se pone a chupar la tetina con frenesí haciendo gestos ostentatorios de placer con sus piernas y manos.

Todo el mundo se ríe, unos, porque suponen una travesura para llamar la atención, otros, porque descubren un sentido erótico oculto. ¿El niño quiere denunciar, a su manera y por el juego, la intención demasiado convencional del padre que se presenta en hombre arrepentido mientras que en realidad quiere que la familia lo acepte de nuevo en su seno?

Una vez iniciada la terapia familiar, la madre habla de su sufrimiento y sus privaciones materiales, que el encarcelamiento de su marido habían empeorado. Termina por manifestar su pesar de denunciarlo, cuestionando a su propia familia, que había sido hostil a su matrimonio.

Más tarde, su marido reconoce haberla engañado desde el principio de su relación; conocieron varias separaciones, en particular, cuando los dos mayores eran pequeños. La situación se reprodujo con el menor por el encarcelamiento. Pero el padre promete ocuparse de sus niños.

Emite un dictamen crítico cuando se entera que la hija pasa horas delante de su ordenador, para «chatear» con “hombres desconocidos”, a los cuales da citas pero a las que no va. El padre dice que descuida así su trabajo escolar. La madre reacciona violentamente diciéndole que no es necesario que se meta; es queriendo obligar a su hija y volviéndose tiránico con ella como terminó por someterla a sus caprichos sexuales, hace cuatro años, afirma.

Nosotros tenemos el sentimiento que el padre se pone celoso que su hija discuta con hombres por Internet. Nos hace pensar a un “marido enamorado”. Medimos la envergadura del deseo incestuoso.

El abuso no se mencionó desde nuestro primer encuentro. Lo que aparece a nivel de este conflicto entre los padres conduce ahora a ocultar el nivel incestuoso, como la polvareda que borra la huella.

Todo indica que la influencia sobre los niños está en el centro de una fuerte rivalidad entre los padres. La madre denuncia el hecho de que el padre dice querer educar a la muchacha, aunque en realidad quiere seducirla. El padre se retracta, pero no reconoce que su mujer tenga razón.

Nos explica el padre que su padre desapareció cuando era chico y no lo vio más. Su propia madre no vivió nunca más con otro hombre. Muchos misterios quedan respecto de la identidad del abuelo paterno y las circunstancias de su partida. Nuestro paciente agrega que no pudo imaginar nunca cómo su padre hubiera podido educarlo.

Ostensiblemente en la familia actual, las consecuencias del incesto no preocupan a nadie y el principio de autoridad no es para nada reconocido en su función reguladora de los vínculos.

La madre dirá a continuación su preocupación relativa a la escolaridad del segundo, quien parece completamente desatento durante las clases, estudia poco y se asocia con alumnos que desobedecen. Es un niño extremadamente aprensivo, pero éste no se explica sobre la naturaleza de sus temores.

Pronto se expresa como una visión escindida entre la muchacha, alumna aplicada, y los dos menores que tienen problemas psíquicos y de aprendizaje. Los varoncitos recibieron la «mala semilla», remarca la madre. El mensaje nos es indirectamente dirigido (a los terapeutas), somos dos y hombres... Ello no es ajeno al hecho que la encontramos sumamente “antipática” en ese momento y que el padre nos parezca súbitamente “un angelito”. Creo útil mencionar que esto nos llevó cierto tiempo a analizar...

Son los hombres en general que cuestionará a continuación: sin retención, lascivos, libidinosos, irresponsables. El vínculo de la madre con su hija parece muy intenso, abastecido de gratificaciones recíprocas. La trata como un si fuese un estandarte que esgrime, un trofeo del

que está orgullosa. La madre agrega que desea proteger a su hija, obstaculizar todo lo que podría poner en juego su integridad y progreso. Si acepta que escriba mensajes a los hombres, es porque «le tiene confianza» y que está segura que no va a encontrarlos, sostiene.

Comprendemos así que el padre haya querido atacar el vínculo madre/muchacha, que le inspiraba rivalidad y celos, por intermedio de la sexualidad y el abuso. El problema del dominio y rivalidad entre los padres parece importante. Durante años, el padre estuvo alejado de los hijos, «corriendo a diestra y siniestra»; no jugaba ni hablaba con ellos, evitaba los contactos físicos, besos y caricias.

Pero tanto él como su esposa no se representaban el vínculo filial sino en términos de excitación, como punta de lanza de un combate fálico contra el otro cónyuge. Habitualmente, útiles para construir la identidad familiar, las identificaciones primarias apenas tuvieron la posibilidad de desarrollarse en este vínculo. La filiación se convirtió en una tierra extranjera. La evolución del conflicto no hizo sino complicar las cosas: el padre consiguió hacerse expulsar aún más.

Habitualmente, en los conflictos de pareja, el que pierde la guerra de los sexos es el que “hace demasiado” y que, viviéndose herido, va a dar al otro más golpes que los que recibe. La escalada puede ser sin fin. Conviene por el contrario evitar salir del marco permitido e infringirlo y respetar la regla del juego implícito. Pero el que gana es, realmente, el que propone una alternativa, que inventa una respuesta imprevisible. No estoy seguro que sea el caso de esta familia.

Aun así, la madre gozaba ostensiblemente cuando veía que su marido estaba deshecho. La muchacha, tan silenciosa y discreta con respecto al incesto, parecía vacía, ausente, funcionando en falso self. Reaccionaba apenas ante esta veneración que venía de su madre y parecía molesta de contribuir al triunfo del partido materno. Cada uno tenía su goce; el padre, en el incesto; la madre, en la manera de fetichizar a la hija. Con todo se concedía poca importancia al drama del incesto, trivializado, diluido entre todos estos conflictos.

Mencionar el poder del sexo para explicar el incesto es insuficiente e incluso ello deforma la naturaleza del problema. La identidad e idiosincrasia del vínculo filial se alteraron profundamente, quizá para siempre. En algún lado, padres e hijos no llegaron a reconocerse como tales desde el origen de sus vínculos.

El trabajo familiar permitió sin embargo encontrar adaptaciones cuando otras líneas asociativas aparecieron –profesionales, financieras, en la escolaridad. En un impulso para hacer frente a los desafíos de la vida, el grupo encontró cierta solidaridad.

Conclusiones

Si bien la distinción entre corriente tierna y sensual conserva su vigencia, tienen entre ellas relaciones complejas, de regulación y de estímulo entre ambas. La caricia es un acto de amor que apuntala la unidad del yo-piel, contribuye al vigor muscular, el equilibrio físico, la postura, y nutre el orgullo de existir. En el área transicional, una nueva fuerza puede desarrollarse, la de la intersubjetividad. Es un gesto físico que tiene un valor tan simbólico como el del lenguaje. A diferencia de los símbolos habituales, por la caricia, el signo se introduce antes del símbolo, éste se instala en el après-coup.

La lengua del cuerpo nos incita entonces a modificar numerosas perspectivas teóricas. Debería tenerse en cuenta en adelante, así como el tacto, el movimiento que la acompaña, superficies de placer auténticas y organizadores de vínculos, especialmente en el vínculo paterno-filial. La insuficiencia de la ternura condujo en el caso de esta familia a graves consecuencias clínicas y a un vaciamiento vincular. En efecto, en la ternura, no hay un sujeto único. Son dos o varios, diferentes e interdependientes.

Dr. Alberto Eiguer

Psiquiatra y psicoanalista (IPA). Director de investigaciones en la Facultad de psicología, Université Paris 5. Presidente de la Asociación Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia. Director de la revista Le divan familial. Último libro colectivo: La part des ancêtres, Dunod, 2006.

BIBLIOGRAFÍA

Anzieu D. (1985) *Le moi peau*, Paris, Dunod.

Benjamin J. (2004) "Beyond the duality agent-patient", *The Psychoanalytic Quarterly*, 73, 1, 5-46.

Bion W. (1959) «Attaques contre les liens», tr. fr. *Nouvelle revue de psychanalyse*, 1982, 25, 285-298.

Bowlby J. (1969, 1973) *Attachement et perte*, tome 1, tome 2, Paris, PUF, 1978.

Eiguer A. (1999) *Du bon usage du narcissisme*, Paris, Bayard.

Eiguer A. (2005) «Un desafío a la clínica y a la metapsicología: ¿existen mujeres perversas?», *Revista de psicoanálisis*, 52, 3, 673-692.

Freud S. (1905) *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, tr. Fr. Paris, Gallimard, 1987.

Freud S.(1912) “Sur le plus général des rabaissements de la vie amoureuse”,tr. fr. in *La vie sexuelle*, Paris, PUF, 1969.

Gómez P. et Tebbaldi L. (1999) “Observaciones sobre un afecto de particular importancia en la pubertad: la ternura”, *Revista de psicoanálisis*, 56, 4, 941-956.

Haag G.(1993) «Hypothèses d’une structure radiaire de contenance et ses transformations», in D. Anzieu (dir.) *Les contenants de pensée*, Paris, Dunod.

Lacan J.(1961-2) *L’identification, séminaire 9*, inédit.

Ogden Th.(2004) “Le tiers analytique, les implications pour la théorie et la clinique psychanalytiques”,*Revue Française de psychanalyse*, 2005, 69, 3, 751-774.

Pichon-Rivière E.(1978) *La théorie du lien suivi du processus créateur*, tr. fr. Toulouse, Erès, 2004.

Stoller R.(1978) *Masculin-féminin*, tr. fr. Paris, PUF, 1989.

RESUMEN

Para introducir este tema, el autor aborda las expresiones del cuerpo somático, del cuerpo erótico y del cuerpo de la voluptuosidad en los vínculos familiares. Se interesa a continuación por las funciones de la caricia: construye el cuerpo familiar y ofrece al mismo tiempo el placer. Examina también las singularidades de la caricia dentro de cada vínculo y su evolución según la edad de los hijos. Insiste en el papel de la caricia entre padres e hijos en la configuración de la identidad de género en estos últimos.

Finalmente el desvío de la caricia hacia la trasgresión son ilustradas en situaciones extremas como en el incesto.

PALABRAS CLAVES

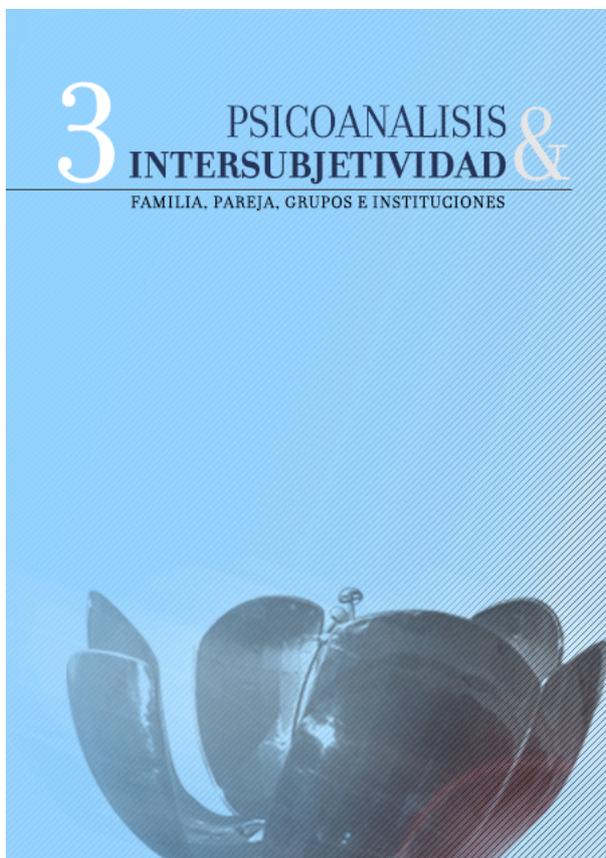
Ternura – sensualidad – vínculos familiares – diferencia de géneros.

RÉSUMÉ

Pour introduire ce sujet, l'auteur aborde les expressions du corps somatique, du corps érotique et du corps de la volupté dans les liens familiaux. Il s'intéresse ensuite aux fonctions de la caresse, qui construit le corps familial tout en offrant du plaisir. Il examine aussi les singularités de la caresse à l'intérieur de chaque lien, et son évolution selon l'âge des enfants. Il insiste sur le rôle de la caresse entre parents et enfants dans la formation de l'identité de genre chez ces derniers. Enfin les déviations de la caresse vers la transgression sont illustrées dans des situations extrêmes comme celle de l'inceste.

MOTS CLÉS

Tendresse – sensualité – liens familiaux – différence de genres.



Psicoanálisis e Intersubjetividad

Editor Responsable Dr. Ezequiel Alberto Jaroslavsky

Director Ezequiel Alberto Jaroslavsky

Secretaria de Redacción Lic. Irma Morosini

Dirección Avenida Santa Fe 3324, piso 14 B, código postal: (C1425BGV) Buenos Aires, República

Argentina.

TE (0054)11-4826-3453, Fax: (0054)11-4826-0348

E-mail: contacto@intersubjetividad.com.ar

Nº ISSN: 1850-4116

Propietario: Ezequiel Alberto Jaroslavsky

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite

Queda hecho el deposito que previene la ley 11.723

Derechos reservados.

Los artículos publicados en el presente número no pueden ser reproducidos en todo ni en partes, por ningún procedimiento sin el permiso del Editor Responsable.